

momento sino, probablemente, durante toda su vida (murió en 1976) ya que nunca condenó al nazismo. Guardó silencio. Para él el ser guardaba silencio porque no sabíamos interrogarlo, y él guardó silencio ante el genocidio. Hay en su meditación sobre el lenguaje aspectos que despiertan mis simpatías (cuando no me pierdo...) especialmente cuando habla del pensador y del poeta (Anaximandro, Heráclito, no los filósofos que vendrían poco después) como lenguajes donde la entidad estaba presente. Sabemos que no tardaron en disiparse estas nupcias y pronto el filósofo expulsaría al poeta de la república (el poeta es amoral, una especie de loco, ebrio, etc.). Luego, en el Renacimiento, Scalígero habló de la capacidad hacedora del lenguaje poético: la poesía *es*; y a finales del XIX Mallarmé soñó un libro que fuera el doble del universo. Inmediatamente, Reverdy, Huidobro y otros pensaron que el poeta no debía copiar a la naturaleza ni designar nada sino operar como ella misma, haciendo en el poema aquello que las palabras designan: conjunción del signo con el ser, abolición, pues, del signo y aparición de la cosa misma. Algo imposible, pero que encendió a Altazor e inspiró, con resultados notables, al grupo brasileño de Noigandre (Augusto y Haroldo de Campos, Décio Pignatari y otros). No olvido, entre los españoles, a Guillén, que, a diferencia de los surrealistas, negaba los estados poéticos y dijo que sólo hay poemas. El misterioso y lúcido ensayista Maurice Blanchot exageró la nota mallarmeana, pero en los mejores casos esta tradición ha sido importante porque al desplazar el eje de gravitación hacia las palabras mismas acentuó la crítica del lenguaje y desafió sus posibilidades: se convirtió en una búsqueda. Ha sido una crítica de la instrumentalidad de la palabra. Pero para que la palabra no fuera una herramienta, un mero puente, un accesorio, se exigía que se descubriera su potencia poética (Joyce, Faulkner, Pound, Cumming, Paz, etc.). Este espíritu ha posibilitado, sobre todo, una gran investigación poética que, sospecho, aún no ha sido lo suficientemente aprovechada.

Heidegger habló del olvido del ser por toda una civilización, lo cual es bastante fanático si pensamos en gran parte de la historia de la poesía, la música y la pintura occidentales, por no hablar de ciertos filósofos y teólogos. Heidegger ignoró brutalmente la historia y le costó reconocer que el ser es difícil de olvidar; pero que, cuando se convierte en una obsesión, esa pasión por recordarlo se transforma en un olvido de todo lo demás y de todos los demás. Es paradójico que un hombre que estaba tan preocupado por la rememoración del ser apoyara a un partido que estaba dispuesto a acabar con millones de seres, de entes, como él mismo diría. Algunos, en la polémica que desató el airamiento de su actuación en la Alemania nazi, han querido deslindar al Heidegger filósofo del Heidegger

cívico, pero esto es como suponer que lo que pensaba no tenía nada que ver con lo que pensaba.

## 15 de mayo

Los días de lluvia parecen una encarnación de la memoria. No sé por qué. Creo que fue Borges quien escribió que la lluvia siempre ocurre en otra parte. Es una frase que nunca la había entendido y que ahora, al escribir la primera línea, me ha venido a la memoria, imantada por una suerte de lógica poética. Recuerdo los días de lluvia en mi infancia, sentado a la ventana desde donde miraba aquello que estaba ocurriendo, sí, ahora lo veo, allá, frente a mí, pero también en otro tiempo. Podía ser el pasado pero también un tiempo futuro, ambos por definición inexistentes. La lluvia ocurre en un tiempo que no existe, pero por el cual nos precipitamos. ¿A dónde? La lluvia: agua que penetra en las grietas de los muros, de la tierra, pero también de lo que somos. Lluvia en la escisión, en las grietas de la materia de que estamos hechos, entre lo que somos y lo que queremos ser, entre el que fuimos y el que seremos, entre yo y yo mismo, una lluvia que es pura memoria sin que terminemos de saber de qué.

## 16 de mayo

Hay experiencias que le devuelven a uno a la adolescencia, y al decir adolescencia pienso en el origen, como si en ese momento de la vida, entre los catorce y los dieciocho años, se hubiera vivido lo que se separa y lo que se une. No es exactamente volver a la adolescencia, sino a aquello que la adolescencia, en cierto aspecto, encarnaba. A esa edad todo lugar es un lugar de donde se parte, y cada sitio un lugar donde se ha llegado. Es un tiempo cuyo signo es la violencia, pero esa violencia es la prefiguración o invocación de una presencia, o de su ausencia. En ciertos momentos de la vida volvemos a ese instante primero que emerge, a su vez, de otro que no tuvo lugar en nosotros, o mejor dicho, que es nosotros mismos en su sentido más ontológico. Nunca exploraremos bastante esa etapa de nuestras vidas donde todo comienza a tomar forma, a adoptar las formas del deseo y a chocar contra la realidad. Los límites en ese momento están poco definidos, tanto hacia nosotros mismos como hacia afuera. Todo es posible. El mundo es proporcional a nuestro deseo, pero no tardamos en comenzar a darnos cuenta de que «el mundo» tiene proporciones que otorgarán a nuestra edad la explicación de su nombre: la

adolescencia, el adolecer de esto y aquello. Hablo de mensurabilidad pero en realidad no hay medidas, pero sí límites. El lento aprendizaje de los límites es, también, el acceso hacia el mundo de los otros. Reconocemos a nuestro prójimo como alguien cercano y al mismo tiempo remoto, fascinante y extraño. Paso a paso, crecer es penetrar en los otros tanto como penetrar en la otredad que nos constituye. Es un aprendizaje que en algunos es un atasco: la voz se encasquilla y repite la misma sílaba que acaba siendo un forúnculo o, dicho de otra forma, una vida frente al televisor.

Penetramos en los otros, caminamos a su lado mirando un mismo paisaje hecho de prodigios, y de pronto, esa otra persona se ha cerrado en todo lo que no puede ser uno, en todo lo que no es mirada ni complicidad, el yo irreductible, reducido a lo siempre ajeno, a lo que está más allá y cuyo camino es irreversible. Lo cercano, lo íntimo, muestra desde su entraña su extrañeza. Su interioridad es una serie de negaciones; sus negaciones tapiaban el mundo y lo hacen impenetrable. Otra vez, nos decimos, por el camino donde una voz, desde su soledad, inventa a su prójimo a la espera de su latido de sangre. Pero antes de esa invención que no es otra cosa que la configuración del deseo, se abre ante nosotros una tierra de nadie: en mí, contra mí, desde mí: sin mí.

## 20 de mayo

Identificar muy tempranamente nuestros gustos no suele ser muy interesante. He observado que —en el campo de la literatura— los que han tenido esta precocidad suelen cambiar poco de gusto y tienden a la fidelidad a esta temprana facilidad del placer. Esta identificación precoz y sus fieles repeticiones, alimentadas por regla general por el miedo al cambio y, en definitiva, al apartamiento de aquellas experiencias primeras en las que forjamos nuestra identidad, impiden la búsqueda y buscan, siempre, lo mismo. Hay, en este sentido, una ausencia de ánimo adulto: carencia del espíritu de búsqueda entre los otros, hacia los otros, salvo cuando el otro le da un poco más de esa placentera identidad.

El caso contrario es el del insatisfecho que no logra identificar su placer, pero tiene necesidad de encontrarlo: actitud que deriva en una crítica incapaz de ser crítica de sí misma y que deja vacío todo posible lugar del placer —de lectura, de amistad, etc.— porque no hace otra cosa que proyectar su impotencia, su desasosiego. Le da objetividad, pero esa objetividad no es otra cosa que la multiplicación de su imposibilidad de sentir placer, de reconocerlo o aceptarlo. Este, si no es excesivamente desdeñoso, irá hacia los otros, pero para negarlos. Necesita de los otros de manera

compulsiva en ocasiones, pero pronto se desencanta. Y lo mismo le ocurre si es lector. Una variante: puede que caiga, ante esta impotencia, en un relativismo militante y se pasará la vida sin poner pasión en las obras que importa y emitiendo juicios aguados sobre obras mediocres.

## 22 de mayo

Me adentré por una selva inmensa, con árboles cuajados de pájaros, silbidos, rumores, misteriosos movimientos a un tiempo cerca y lejos; La luz de pronto, entre nubarrones, penetra entre los árboles e ilumina un fragmento de la maleza. Bosque. Oigo un pájaro como quien oye llover, oigo, en el chapoteo de la lluvia que acabo de nombrar, el canto de los pájaros. Los árboles están quietos bajo esta lluvia. Una ardilla se refugia bajo una hoja gigante; yo me oculto bajo la concavidad de una roca y espero que las nubes se dispersen. Desde allí veo una cortina de lluvia mecerse entre los árboles, y, en mis oídos, el suave crujir de las hojas adormeciéndome. Súbitamente el cielo se despeja y veo la claridad. Las hojas son canales hidráulicos por donde circula un tesoro de perlas y átomos iridiscentes que al instante se apaga y desaparece. Croac. Dos ranas saltan en mi camino: estallido de lo verde hacia lo verde. La hierba croa: salta un poco de hierba y se posa en una roca: es hierba que respira e inflama dos globos casi transparentes; crecen hasta alcanzar una dimensión portentosa. Dentro de uno de ellos, un hombre y una mujer, desnudos, se acarician y se besan: allí no hay tiempo, aunque yo lo vea transcurrir. En el otro globo alguien que es ella y él a un tiempo, piensa: sus palabras llenan el espacio, se imantan a la burbuja gelatinosa hasta cubrir toda su superficie. Palabras de colores y palabras negras, palabras que buscan otras palabras para formar una nueva o bien para acabar con ellas. Salta la rana y pasa un poco de aire. El sol va abriendo camino entre la maleza. ¿A dónde va? Ríos auríferos, lentos o precipitados como un animal que recorrer el bosque en todas las direcciones. León rugiente, radiante. Salgo a un espacio abierto después de batallar con flores carnívoras y ramas amenazadoras, con sustancias viscosas y sonidos infernales. Ser devorado por una flor, pienso mientras salgo a un prado abierto junto al que corre un río caudaloso y claro. Ignoro su curso pero me sumerjo en él. Me hago el muerto, como decíamos de niño, y me entrego a su fluir. Tumbado hacia arriba veo que el cielo también fluye: río celeste cruzado aquí y allá de ramas como paréntesis. El agua de este río es templada, como la sangre, como las palabras de mis pensamientos. Flotan dos colinas en su curso. Colinas suaves coronadas por una rugosidad encarnada: atalayas tal vez

de la vía láctea por las que subo. A través de mis dedos veo la suave piel del mundo y luego me precipito por un delta que se abre al mar. Se despliega el velamen y surge una mariposa en la corriente del río.

No sé si es río o es mujer, si es de noche o de día. Digo un nombre que tú niegas con un no que estalla hacia adentro y el mundo se abre: se abre a las aguas y los árboles y las ranas y los sapos, las piedras y las iguanas, la tormenta y el arcoiris que une las dos islas-colinas. El mundo ahora es un vértigo cayendo a través de mí mismo, y de mí mismo en mí mismo caen los libros y los viejos papeles tiznados por el deseo; caen los estantes y las cerámicas estallan en mil pedazos. Y el diccionario, revuelto y loco, anfibológico y cacofónico, imantado y en guerra fratricida, recorre mi sangre levantando farallones y amenazando con íes griegas y eles encendidas como antorchas.

Entonces tú me despertaste diciendo mi nombre. Abrí los ojos y te miré. Tu mirada abría lentamente la mañana.

## 23 de mayo

Digamos que es de noche. Ya está dicho: un espacio negro, o mejor, la negrura y, de pronto, alguien enciende el fuego. El fuego o la lámpara de la mesa que descubre un puñado de presencias cotidianas: las hojas, los bolígrafos, la concha de un molusco que no identifico, una pequeña piedra de obsidiana en forma de huevo (cósmico), el libro de sinónimos (no hay palabras sinónimas, dijeron), y enfrente de la mesa la ventana que da a la calle. Sombras que se rozan y cintilean. Doy vueltas, con no sé qué, sobre el espacio que esa luz acaba de abrir. Alguien va y viene, manosea los estantes, decide abrir un libro para apuñalar la noche, pero pasados unos minutos vuelve. ¿A dónde? Si no es cambiar el mundo ni la vida ¿qué es? ¿A qué viene esta insistencia? ¿Quién espera y quién ha partido ya? Alguien toma la voz y sabe que la noche será larga, y sabe también lo peor: que sus palabras no abolirán la muerte. Sin embargo habla, traza con el buril de todo lo olvidado, arrebuadas figuras, arrítmicas o acordes, taconeo monótono de la máquina de escribir o compulsiva grafía de hierba quemada, o voz que entre salivas alcanza el aire. Palabra inútil, defectiva, proteica, procustea, pedigüeña, generosa, melosa, desdentada, rastrera, endiosada, piedra angular en la lengua sedienta, juguete mecánico en la cabeza del loco, erizo de sílabas, limoso pez, vulva, balbuceo del cuerpo desplegando su signo borroso contra la implacable refutación del tiempo.

Late la noche. La ciudad está viva. Hace unas horas, cuando volvía hacia casa, caminando entre las muchedumbres del domingo, pensé en no